

## CAPITULO II.

### Influencia del culto de la Virgen en la vida individual.

El Cristianismo, al influir en la mujer y al elevarla por el culto de María, ha elevado todo lo que proviene de la influencia de la mujer, el individuo, la familia, la sociedad.

Seria no obstante abusar de esta verdad, limitar la extension social del culto de la Virgen á esta influencia *indirecta*, y no ver en él sino una devocion de mujer. Por grande que sea semejante influencia, por activa que sea con respecto á una sociedad en la cual ha dado tanto imperio á la mujer, por considerables que sean los títulos que ella se ha adquirido con esto al reconocimiento de todos los que participan de las costumbres que ha formado y mantiene, sin embargo, esto es solo un grado de verdad.

Es preciso ir mas lejos, es preciso reconocer que además de esta influencia indirecta, el culto de la Virgen ejerce una influencia *directa*, en igual grado, sobre cada individuo, sobre la familia y sobre la sociedad, y que se dirige inmediatamente al hombre en todos los estados de su existencia.

Esta verdad es mucho mas difícil de explorar que de establecer; en efecto, para esto último basta hacer algunas reflexiones muy sencillas.

Es la primera, que independientemente de las virtudes de su sexo, ofrece la Virgen María á nuestros ojos en el grado mas eminente, las virtudes mas generales y mas fundamentales del alma cristiana, y que se nos muestra *como el ejempl*

*universal de todas las virtudes*, segun la expresion del Angel de las escuelas (1).

La segunda es, que María ha sido constituida Madre y Patrona de toda la familia humana, y que el carácter de hijo liga en igual grado á este con la Madre, sin poder prescindir por esto de su solicitud y proteccion. El culto de la Madre obliga á toda la familia; hasta parece, por una armonía que existe en la naturaleza y que hallaremos tambien en la gracia, que este culto filial á una madre encuentra mas ternura y mas devocion en el hijo.

Pero la razon mas irrefutable de esta influencia directa del culto de la Virgen sobre todos los miembros de la humanidad, está sacada de esa misma influencia indirecta que se le reconoce, y á la que se le querria reducir. Si la mujer mejora en efecto al hombre, á la familia, á la sociedad, en proporcion de lo que se mejora ella misma por el culto de la Mujer-modelo, por la imitacion y por la reproduccion de sus virtudes, de suerte, que la mujer que mas se acerque á María, obrará mas eficazmente sobre todo lo que la rodea, preciso es deducir de aquí, con mas razon, que María tendrá una influencia semejante por sí misma.

Por esta influencia directa, y por el culto que la establece, María ocupa de esta suerte el lugar de la mujer en la vida del individuo, en la familia y en la sociedad. María viene á ser lo que la mujer cristiana es para todos nosotros, pero la mujer cristiana por escelencia, bendita entre todas, elevada al mas alto grado de gracia y de virtud. ¡Qué serian un individuo, una familia, una sociedad que tuvieran á María por Madre, por Señora, por Reina; que la poseyesen, que la amasen, que la honraran, que se educaran y formaran en su escuela, que se guiasen por su direccion, que estuviesen colocadas bajo la influencia directa de sus gracias y de su crédito con Dios!

Pues bien, he aquí lo que hace la devocion á la Santísima Virgen; por esta devocion, aquel bello ideal se convierte en una realidad.

(1) DIV. ТНОМ., *Opus. I.*

Empecemos por apreciar toda su estension en la vida del individuo, y particularmente en la del hombre.

Cuando Dios hubo creado al hombre, dijo: «No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle una auxiliar semejante á él (1),» y la mujer fué creada en efecto semejante á él, pero diversamente semejante, para que le sirviera de auxiliar, por la armonía que establece esta diversidad en la semejanza entre los dos sexos de la humanidad. ¿Quién es el hombre que puede pasar sin la mujer sin quedar reducido á menos? El hombre no es completo sino con la mujer. Así el Génesis, con un sentido profundo, al contar la formación del hombre antes que la mujer hubiese salido de él, dice: «Dios creó, pues, al hombre á su imágen, lo creó á la imágen de Dios, los creó macho y hembra (2). Dios los bendijo y les dijo: Creced y multiplicaos, etc.» ¿Cómo Dios, que no ha hablado sino del hombre, y al hombre le nombra ya como pareja y en plural? ¿Cómo, sobre todo, en la misma frase, se dice sucesivamente: *Lo creó, los creó?*

Esto es para mostrar á la vez que el hombre no es completo sin la mujer, sin el dualismo de los sexos: de aquí proviene el plural; y que la armonía producida por este dualismo compone la unidad humana, de aquí el singular. De suerte, que sea una verdad el decir, que lo mismo que son dos en uno, son uno en dos. Tal es el plan, sobre el cual se ha levantado y vive la humanidad. Así, el hombre no está nunca sin la mujer.

De todas las relaciones del hombre con la mujer, la mas necesaria, la relacion sin la cual no podria existir ningun hombre, la que el mismo Dios no quiso romper al tomar nuestra carne, es la relacion de la *Maternidad*. Por medio de esta relacion sagrada ejerce la mujer sobre el hombre una influencia que, teniendo su origen en las entrañas cuyo fruto es, se hace sentir en él mientras dura su existencia, aun cuando la educacion maternal no venga á prolongarla.

En todo hombre hay algo de la mujer y de la madre, y á

(1) Génesis, II, 18.

(2) Id., I, 27.

cada uno de nosotros se nos puede hablar en plural, como Dios lo hizo con el primer hombre en el Génesis. ¿Qué especie de hombre seria el que no fuera fruto de una mujer? No puede concebirse sino como un sér que careciera de ese elemento simpático que ha recibido de la mujer, y sin el cual no seria un sér humano.

Establecido esto, y no destruyendo la gracia á la naturaleza, sino estando mas bien colocada sobre ella para elevarla y enriquecerla, el hombre necesita volver á encontrar en este orden superior de la gracia lo que está intrínsecamente unido á su naturaleza, aquello sin lo cual dejaria de ser lo que es; una mujer, una Madre. ¿Y cómo puede ponerse en duda que haya entrado en el plan de su regeneracion el procurarle este socorro, cuando vemos al mismo Hijo de Dios que podia pasar sin él, y al Hijo de Dios, constituyéndose en Cefe y tipo del hombre regenerado, darse una madre, y despues de haberla consagrado por su larga sumision y por la participacion que la dió en todos sus misterios, legárnosla á su muerte, como la que debia concurrir con esta muerte á darnos la vida; como la que debia ser para el discípulo lo que habia sido para el Maestro; para los miembros lo que habia sido para la Cabeza, una Madre?

Por este designio visible, la gracia viene á reparar y á colmar la naturaleza. Cada individuo cristiano tiene de este modo una madre. ¿Cuántos hay que no la han conocido, ó que ya no la tienen! y el mas favorecido respecto á esto, no lo es sino en el orden inferior de la naturaleza, con toda la insuficiencia y con toda la fragilidad de lo que es mortal. Cuando entra el hombre en el orden sobrenatural de la gracia, esta madre mortal no le sigue. Todos, pues, reclamamos una madre de la gracia, como suplemento ó complemento de la naturaleza, una madre nueva, así como nosotros nos convertimos en unos hombres nuevos. Esta madre es María. En ella, el individuo mas indigente, el huérfano mas desamparado, halla una Madre, cuya dignidad, cuyo poder, cuya ternura, cuya solicitud y cuyo amor causarían envidia al que mas favorecido se ha visto por Dios con el don de una madre, si no pudiera aspirar á que lo fuera suya la misma MADRE DE DIOS.—«¡Hijo, he ahí á tu Madre!»

¡Qué don! ¡Cuán apropiado es al corazón del hombre! Parece que el hombre no necesita ya de la mujer al entrar en la edad viril. Se dirá que se basta á sí mismo, y que es mas bien la mujer quien necesita de su apoyo. ¡Ilusion! que la experiencia de la vida desmiente en cada una de sus pruebas. El hombre, por fuerte y activo que parezca, por mas que crea que no necesita del cuidado de la mujer, por hallarse en la virilidad de su vida, siempre tiene algun lado vulnerable, sea exterior ó interiormente. Decepciones, desalientos, desmayos, fastidios, reveses, faltas, ansiedades, peligros, enfermedades, padecimientos, muerte; he aquí de lo que está sembrada toda su existencia. Ahora bien; en todos estos contratiempos que le hacen sentir al hombre su miseria nativa, cuando le faltan todos los apoyos, parece que todavía queda uno de reserva para reemplazar á los demás: la mujer. Todo cuanto la naturaleza, todo cuanto el Cristianismo especialmente le ha dado en simpatía, dulzura, caridad, paciencia, abnegacion, delicadeza, fidelidad, afecto, encanto ingenioso y tacto para curar ó adormecer los males del corazón y del espíritu, lo mismo que los del cuerpo, en una palabra, todo ese conjunto real é ideal, humano y angélico que compone la mujer, es lo que se le ha *reservado* al hombre para consolarle de los desmayos y desalientos de su mortalidad. Por el bien que le hace, la mujer adquiere sobre el hombre una especie de ascendiente maternal. Toda mujer se convierte en madre en cierto modo por aquella saludable influencia, y el hombre se deja consolar y dirigir por ella como un niño.

¿Cuánto no hemos visto y admirado en esa influencia maternal de la mujer, en esos sentimientos tiernos que los males de la guerra hacen brotar en los corazones de nuestros soldados? ¿Cuál es el sentimiento, cuál la imágen que surgia, que iba creciendo en su alma con los padecimientos y con la muerte, la que sucedia inmediatamente al heroísmo de la intrepidez, y causaba el supremo dolor ó el supremo consuelo de su sacrificio? La madre, su recuerdo, su presencia benéfica en esas Hermanas de la caridad que la representaban, en esa Religion, sobre todo, que les daba una Madre en María. Su devocion tan admirable á aquella Madre de los cristianos, se

fortificaba, no lo dudemos, por tener sus raíces en los instintos de la naturaleza, haciéndoles elevarse hasta los consuelos de la fé.

En otra situacion enteramente distinta, hallamos un testimonio no menos espresivo de esta verdad. Hablo de la influencia que les ha sido dado ejercer á algunas mujeres escogidas sobre algunos ilustres contemporáneos suyos. El culto, la especie de idolatría de que ha sido objeto una mujer célebre á principios de este siglo por talentos superiores al suyo, no pueden esplicarse completamente sino por esa necesidad moral que hemos descrito, y que llega á idealizar á la mujer, haciéndola superior á nuestra naturaleza, en lo cual halla una verdadera satisfaccion.

«Madama Recamier, dice M. Guizot, era para Ballanche una criatura celestial, un ángel, el ideal que él contemplaba, admiraba y amaba, en lo cual pasaba su vida, así como el Dante contemplaba, admiraba y amaba á Beatriz al atravesar el Paraíso. Vos sois mi estrella, la escribia... vuestra presencia tan llena de encantos, los dulces reflejos de vuestra alma, serán para mí una inspiracion poderosa. Vos sois mi poesía, vos sois la misma poesía encarnada, etc., etc.» Este culto que nada tenia que no fuese legitimo, sino el ser tan estremado, lo sentia tambien otra alma mas grande, y lo ha espresado con un acento mas grave y penetrante. «Agitado en lo exterior por las ocupaciones políticas, ó disgustado por la ingratitude de las Cortes, dice Chateaubriand, mi tranquilidad de corazón me aguardaba en el fondo de aquel retiro como el fresco de los bosques al salir de la abrasada llanura.. Allí volvia á encontrar la calma al lado de una mujer, cuya apacibilidad se extendia á cuanto la rodeaba, sin que hubiese en aquella apacibilidad nada que fuese constantemente igual, porque pasaba á través de sentimientos muy profundos... Al acercarse mi fin, me parece que todo lo que me ha sido caro, lo he querido en Madama Recamier, y que esta era la fuente de todos mis afectos... Aquella mujer regulaba mis sentimientos, lo mismo que la autoridad del cielo ha puesto la felicidad, el orden y la paz en mis deberes.»

«¿Quién esplicará, dice M. Guizot, este saludable y encan-

tador imperio? A esta cuestion que él resuelve con dificultad, se puede responder, sin escluir las esplicaciones secundarias: la necesidad del corazon humano, tal como lo ha hecho el Cristianismo, manifestando por las idolatrías la verdad de un culto en que no vá él á buscar su satisfaccion. ¿Qué sería necesario para aplicar al culto de la Virgen los sentimientos que se exhalaban así á los piés de una criatura imperfecta? Mas Cristianismo; es decir, mas razon, mas pureza, mas elevacion, mas piedad y mas fé.»

Y no se diga que el Cristianismo está muy por encima de estos sentimientos para haber querido satisfacerlos. Dios no desdeña nada de lo que ha hecho, y la gracia, lejos de ahogar á la naturaleza, la despliega y enriquece, elevándola y purificándola. Los santos mas grandes han tenido esos afectos simpáticos á mujeres santas, y se han ayudado con ellas para su perfeccion. El mismo Hijo de Dios, al tomar todos los sentimientos de la naturaleza humana, no ha escluido este, y hasta se ha complacido en mostrarlo y en espesarlo. Ahora bien, Jesus *queria* á Marta, y á su hermana María (1), y ya se sabe el precio en que estimó los perfumes y las lágrimas de Magdalena.

¿Y cómo no hubiera tenido en cuenta el Cristianismo la influencia de la mujer y la necesidad moral á que aquella satisface, cuando ha sido él mismo el que ha creado esta influencia y esta necesidad? En efecto, el culto de la mujer era completamente desconocido en la antigüedad, como ya hemos visto; este es un fruto propio del Cristianismo. ¿Cómo! ¿Podía el Cristianismo dejar de satisfacer una necesidad creada por él? ¿La dejaría estraviarse sin arreglarla y purificarla? —¿Pero cómo la ha creado? Por la gracia y la bendicion que ha derramado de María sobre todas las mujeres, por el honor que ha hecho á su sexo, elevando á aquella Virgen á la dignidad de Reina de los Angeles, de Madre de Dios. Y esa misma bendicion, ese mismo honor que les ha valido á todas las mujeres el culto de que son objeto, ¿dejarían sin él á la Virgen, ó sin un culto proporcionado á su dignidad? ¿Y no ten-

(1) Evangelio segun San Juan, XI, 5.

dria este culto la influencia que ha comunicado al de las demás mujeres? Completamente legitimo cuando se dirige á nuestras señoras y á nuestras madres, ¿se convertiría en idolatría al tributárselo á NUESTRA SEÑORA y á la MADRE DE DIOS? ¿Se creeria el hombre libre de rendir homenaje á una sola mujer, y esta habia de ser precisamente Aquella á quien reverencian los Angeles, Aquella á quien el Hijo de Dios estaba *sumiso*? ¿No aguardaria nada de Aquella por quien todo ha sido dado? ¡Ahl! ¡cuánta falta de razon hay fuera del Catolicismo!

Pero bajo un punto de vista mas inmediato, es como debe considerarse la influencia del culto individual de la Santísima Virgen.

Si por su naturaleza primitiva *no es bueno que el hombre esté solo*, y si necesita un *auxiliar semejante á él*, si tiene necesidad de una mujer para *atravesar* este valle de lágrimas, aun despues de la infancia y hasta los últimos dias de su vida, ¿cuánto mas la necesitará para *nacer* á la gracia y para sostenerse y adelantar en esta nueva existencia, en la cual no pasa jamás de ser un vicio mientras vive sobre la tierra? Su naturaleza, conservándose en la gracia, necesita allí, especialmente, lo que necesita en la infancia, una mujer, una madre. Así, la Religion, la Iglesia, tienen los sentimientos, toman la figura de una madre, con respecto á los cristianos; y el que haya estudiado todos los sentimientos del alma cristiana en sus relaciones con Dios y con Jesucristo, hallará en ellas todos los caracteres de la infancia, sus mal seguros pasos, sus temores, sus incorregibles debilidades y sus continuas recaidas: *Quasi modo geniti infantes* (1).

¿Cuán divina se ha mostrado la Religion, al proporcionar á la naturaleza humana, en este estado, la asistencia y el patrocinio de una verdadera Mujer, de una verdadera Madre, *semejante* á nosotros, para que podamos comprenderla, elevada en gloria para que pueda servirnos de *apoyo* cerca de Dios! ¿Quién no admirará la conveniencia de este socorro y la graduacion de condescendencia por donde se une á todo el siste-

(1) I, Pedro, II, 2.

ma cristiano? El mismo designio que ha llevado al Hijo de Dios á vestirse con nuestra naturaleza para elevarnos á la suya y á su Padre, de quien nos separaban tantos abismos, ha hecho se colocara entre su naturaleza divina y nuestra indignidad humana, para hacernos llegar hasta El, la misma mujer por quien El ha venido hasta nosotros; de tal suerte, que hubiera entre El y nosotros un lazo comun; de modo que aquella mujer fuese á la vez Madre suya y nuestra. Suya para acreditarla, nuestra por la ternura, y que por ella, y á través de ella, en cierto modo, y cubiertos con esta Maternidad comun, pudiésemos acercarnos á ella sin temor, elevándonos gradualmente de la Madre al Hijo, y del Hijo al Padre, y consumir nuestro destino de cristianos.

He aquí el Cristianismo integral. La mujer, en María, se encuentra allí para ejercer en el orden de la gracia la influencia que ejerce en el de la naturaleza y para recibir el culto que es su condicion.

María satisface con esto, no tan solo á todas las necesidades de la gracia, sino tambien á las de la naturaleza, que se hallan allí trasformadas. Sin escluir el culto de las influencias secundarias de la mujer, sino mas bien inspirándolo, el culto de María le quita lo que tiene de excesivo, reservando para aquella Virgen la adoracion que no podria tributarse á ninguna otra criatura humana. María hace sentir á todo corazon puro, á toda alma cristiana, un encanto de confianza, de reposo, de dulzura, de calma y de abandono en la voluntad de Dios, que responde lo mismo á los mas sencillos que á los mas elevados sentimientos de la naturaleza humana; que hace nacer ó que aumenta en nosotros estos sentimientos por la satisfaccion misma que El dá y que enriquece el alma con nuevos tesoros. Las mismas espresiones de este culto atestiguan toda su verdad y todo su poder. María es *nuestra Estrella en el mar de este mundo*. Es para nosotros *la Puerta dichosa del cielo, de donde ha salido la luz para el mundo*. María es *la Madre del amor hermoso, del temor saludable, de la verdadera grandeza y de la santa esperanza*. María es *la Reina de los cielos, la Soberana de los Angeles, la Virgen gloriosa que escede en hermosura á todas las demás*. María es *Reina y*

*Madre de misericordia, nuestra vida, nuestra dulzura, nuestra esperanza, hácia quien elevamos nuestras voces, desde este destierro en que nos ha sumido la falta de Eva; á la que dirigimos nuestros gemidos y suspiros á una con nuestro llanto, desde este valle de lágrimas. ¡Oh Patrona nuestra! la decimos, vuelve á nosotros esos tus ojos, que no son sino misericordia. Muestra que eres Madre. Acepte por tí nuestros ruegos Aquel que por nosotros se ha dignado ser Hijo tuyo; muéstranos al salir de este destierro á ese Jesus, fruto bendito de tus entrañas, ¡oh clemente, oh buena, oh dulce Virgen María (1)!*

Seguramente no se pueden experimentar todos estos sentimientos, pero tampoco se puede negar la verdad, la pureza y el poder de ellos y de tales alabanzas, porque su misma espresion dá fé de ello. No se puede negar la influencia que deben ejercer en el alma y en la vida de un cristiano para sostener su debilidad, para calmar sus turbaciones, para salvar su fragilidad, para consolar sus dolores y para consagrar sus alegrías.

A dos escritores ilustres, ambos protestantes, Goëthe y Schiller, les ha sido dado comprenderlo y sacar de ello efectos penetrantes de patética verdad.

Conocida es, en la tragedia de Fausto, la situacion de Margarita, cuando pérdida la inocencia por el crimen, y convertida en el *mismo pecado*, como ella dice, juguete de los sarcasmos de sus compañeras, cuya envidia ha sido, y hez del mundo que la habia admirado, abismada en la vergüenza y en los remordimientos, y no hallando ya un lugar donde refugiarse en toda la naturaleza, encuentra en el hueco de una pared solitaria la imágen de la *Mater dolorosa*, y á su aspecto, la fuerza suficiente para dirigirla esta plegaria:— «Fija, ¡oh Madre de los dolores! una mirada de compasion en mi pena. ¡Con la espada en el corazon, contemplas con mil angustias la muerte cruel de tu Hijo! ¡Tú vuelves los ojos hácia su Padre, y con tus suspiros le pides que os socorra á

(1) Extractos de diversas oraciones litúrgicas á la Santísima Virgen.

los dos!—¡Quién sentirá, quién sufrirá el mal que me despedaza el seno! ¡la inquietud de mi pobre corazón, lo que teme y lo que espera! Tú SOLA, ay de mí, puedes saberlo. ¡Socórreme! ¡Sálvame de la vergüenza y de la muerte! Fija, ¡oh Madre de los dolores, una mirada de compasión en mi pena!»

En Schiller, la inteligencia de la devoción á María ha sido mucho mas profunda y se ha elevado realmente hasta el genio. El sentimiento que conduce en él hasta la devoción, no es el del dolor en el oprobio, que ha de ser naturalmente suplicante; es el sentimiento de la felicidad en un amor casto, exaltado á un ideal de felicidad, en cuya comparación todo le parece indigno y grosero, hasta los sentimientos mas legítimos de la naturaleza. El trozo que vamos á trasladar está en *los Piccolomini*, parte tercera de la tragedia de *Wallenstein*. Max, viendo cumplidos sus votos, para obtener la mano de Tecla, por mediación de su tía la condesa, que le encarga que no diga nada sobre el particular, ni aun á su mismo padre, la contesta: «Es inútil que me encargueis esa reserva. No hay aquí ninguna fisonomía que simpatice en lo mas mínimo con todo lo que con nueve tan poderosamente mi alma. Me encuentro aquí, cual si estuviera en medio de un pueblo extranjero. Mis camaradas se me han hecho insoportables. A mi mismo padre no sé qué decirle. El servicio, las armas, me parecen fútiles y vulgares bagatelas. Me hallo como estaria un alma bienaventurada que desde la mansión de la felicidad eterna volviera á los juegos pueriles, á los trabajos, á los gustos, á las resoluciones y á toda la miseria de la naturaleza humana. ¿En dónde os figurais que estaba yo ahora, mi querida tía?... Pero, no os riais de mí. Ese ruido del campo, ese hacinamiento inoportuno de hombres á quienes conozco, esa insípida alegría, esas conversaciones frívolas me abrumaban mucho; me encontraba mal, y no he podido prescindir de alejarme de estos sitios. He ido á buscar el silencio de que tenia necesidad mi corazón, demasiado lleno; he ido á buscar mi dicha á un asilo puro. No os riais, condesa; he ido á la Iglesia. Hay cerca de aquí un claustro, y yo he llegado hasta la puerta del santuario; allí estaba yo completamente solo. Encima del altar hay un cuadro de la Madre de

Dios; la imágen no vale nada como pintura, pero es el único amigo á quien yo he querido ver hoy... ¡Cuántas veces habia yo visto á la divinidad en su brillo, adorada por los fieles que rodeaban el tabernáculo, sin que este espectáculo me hubiera conmovido, y ahora, de pronto, he comprendido la devoción, lo mismo que el amor!»

¡Qué devoción la que responde de este modo á todas las cuerdas del corazón humano, á la alegría lo mismo que al dolor, á la inocencia lo mismo que á los remordimientos, á la exaltación lo mismo que al desfallecimiento del corazón, para ayudarlas á soportar el peso, siempre excesivo, del destino!

¡Y sin embargo, la devoción á la Santísima Virgen les parece una cosa pequeña á los que no la sienten! ¡Pequeña, cuando se hace sentir mas en el alma, en proporción de las angustias que esta sufre! Es decir, que el corazón encogido por el culto de la personalidad que se basta á sí misma, no comprende una satisfacción cuya necesidad no siente ya, y quiere dar á la devoción la pobreza que él tiene. Esta devoción avivaria en él unos sentimientos que están muertos; le haria palpar con una vida mas pura, mas humilde, mas espaciosa, mas grande; la verdadera vida cuyo principio, cuya Madre es la Virgen: *Vitæ suppediatrix, et vita viventium et causa vitæ*.

Lo mismo sucede con todo lo demás del Cristianismo. Jesucristo tambien parece un mito, y hasta el mismo Dios una abstracción, al indiferente y al deista. ¿Quién es el que hace de ellos para el cristiano el *Dios vivo*, el *Dios con nosotros*? ¿Quién es el que no hace ver en Dios la ternura de un padre y en Jesucristo el amor de un hermano? ¿Quién es el que nos hace vivir con ellos en esas relaciones de gracia y de vida, cuyos efectos son tan sensibles y tan personales, sino el culto del pensamiento y de la voluntad sometidos á las operaciones de la gracia? Lo mismo sucede con respecto á la Santísima Virgen. Esta Madre le parece una superfetación al cristiano que se olvida de ella, que no la hace caso, que se ruboriza de ella, que pasa delante de sus altares sin honrarla y sin invocarla, y á quien su misma frialdad le autoriza para negarla

ó desconocerla. Pero si este cristiano paga la deuda tan legítima del culto y de la devoción á María Madre de Dios, si se pone en relación con ella por medio de las disposiciones que caracterizan su culto y que lo recomiendan tan eminentemente á todos los que tienen el sentido cristiano, por la sencillez y por la humildad; en una palabra, si dá pruebas de hijo, pronto sentirá que María es su Madre; y lo conocerá, no tan solo en el amor que la tendrá, sino en las gracias que recibirá de ella y en el aumento de su amor á Jesucristo y á Dios, testimonio cierto de aquellas gracias. *Comprenderá la devoción, lo mismo que el amor.* Esperimentará, en fin, la verdad de estas memorables palabras de San Bernardo: «¡Cuán inaudito es, oh Virgen María, que ninguno de los que han recurrido á vuestra protección, que han implorado vuestro socorro, ó que han solicitado vuestros sufragios, haya sido nunca despreciado ó abandonado!»

---

### CAPITULO III.

#### Influencia del culto de la Santísima Virgen en la familia.

De la influencia del culto de María en el individuo á la influencia de este mismo culto en la familia, es la transición tan natural, como verdadera la consecuencia.

Hasta puede decirse que es creciente.

I. Dios, que es el gran *Unidor*, como dice San Francisco de Sales, se complace en la unión. El *Universo*, como la misma palabra lo indica, no es sino una vasta unión de seres sacados de la confusión ó del caos. Concretándonos á no hablar sino del hombre, ya hemos visto que Dios no lo concibió solitario ni en un solo instante; lo creó doble y uno. En virtud de aquella palabra: *Multiplicaos*, nacieron los hijos; de esposos, el hombre y la mujer se convirtieron en *padres*, y la familia quedó instituida, para convertirse ella misma por su enlace, en elemento de una acción mas grande, en la nacionalidad de cada pueblo, de cada *gente*, cuya reunión compone el género humano.

La antigüedad no habia comprendido sino una unión, á la cual habia sacrificado todas las demás; la nacionalidad. Nada de familia para ella, nada de género humano. La antigüedad habia desnaturalizado por este solo hecho la nacionalidad, separándola ó desuniéndola de lo que la forma y de lo que ella misma debe formar. Ella no habia guardado mas que un anillo entre el que precede y el que sigue, y aun lo habia forjado de su absorción, quitándole de esta suerte su carácter.

Esta ruptura era tanto mas fatal, cuanto que la cadena